

Poil de carotte

Edgar Krauss

Fotografías: Alejandro Arteaga



Uno

Después de cuatro años sin visitar a mi madre, mi conciencia de hijo desobediente comenzó a fustigarme y decidí aprovechar una oportunidad que el periódico mural de la Facultad ofrecía: “se permuta boleto a Monterrey por un buen diccionario de francés”. Así que tras hurgar en mi biblioteca en busca del mejor candidato, me reuní en el lagartijero de la escuela con un sujeto que tenía la superstición de que estudiar letras francesas le abriría las puertas de la celebridad intelectual. El único inconveniente del boleto era viajar un veinticuatro de diciembre. Qué más da —pensé—. Así llego a tiempo para el ritual navideño y me regreso al día siguiente.

Tras una breve actualización de los pretextos que había empleado durante años para renegar de mis parientes, me aventuré en esos autobuses donde proyectan unas películas infames, en las que algún detective



con evidente retraso mental despliega una cantidad impresionante de torpezas y bromas que ameritan la pena de muerte, y al último se enamora de una mujer fatal, tras rescatarla de un rufián con el pelo relamido. Cuando llegué a la terminal de autobuses, pude comprobar que mi idea de viajar el día de navidad era del todo inconveniente. Nunca imaginé que tanta gente quisiera viajar mirando esos filmes en días feriados, pero el mal gusto es universal. Yo sospecho que durante las vacaciones, los resentidos conductores de esos autobuses programan las peores producciones del cine gringo con tal de vengarse del hecho de que tú estés viajando y ellos sean esclavizados por un volante.

Mientras pensaba en cómo me las arreglaría para sobrevivir a diez horas de viaje, una mujer con dos niños aprovechó mi distracción para meterse en la fila delante de mí. Sus numerosas maletas y picaresca impunidad me hicieron pensar que esta chica huía de un acreedor desalmado o de la justicia con todo e hijos y, si no fuera porque me miró con una sonrisa casi cómplice en el momento en que me despojaba de mi lugar, hubiese articulado una protesta.

Ya instalado en mi asiento, me disponía a leer una entretenida colección de ensayos sobre la guerra medieval y el odio permanente entre seres humanos. No había leído más de quince minutos cuando un imperioso acceso de tos colocó un engomado en la página treinta y cuatro y ya había ensuciado involuntariamente

el alto nombre de Aristóteles. Creo que al viejo le habría molestado muchísimo el insulto casual, por lo que limpié la página rápidamente con una servilleta. Decidí hacer a un lado el libro para entregarme con toda libertad al ejercicio de la tos, sin metafísica de por medio. Luego dediqué inútiles esfuerzos a descifrar al obeso policía de la película, contemplar el paisaje por la ventanilla, dormir, volver a leer, cambiar de posición, otra vez, otra vez, otra vez. Mis peores augurios sobre este viaje se hacían realidad. Me dispuse a examinar a los pasajeros: un tipo ronca tanto que hace eco del ruido del motor, una pareja se mira a los ojos como si estuvieran en drogas duras, la cara de un hombre destila gotas de sudor mientras hojea una revista donde figuran cantantes tropicales semidesnudas. Y la mujer de los niños ha pasado tantas veces al sanitario con uno y con otro que comienzo a sospechar que algo trama. En la tercera ocasión, curioso con sigilo para saber qué sucede y me descubre mirándola. Se ríe discretamente y volteo hacia otro lado, apenado. Debí comenzar esta historia aclarando que esta chica era titular de una belleza fulminante y que yo me pongo nervioso con las pelirrojas. Una de mis políticas consiste en no enamorarme de las mujeres casadas e imaginé que su marido pertenecía a la subespecie de los sicarios iletrados y la esperaba en Monterrey con una comitiva familiar que seguramente me miraría con hostilidad si bajaba del autobús amenizando con ella. De cualquier

manera, la tos se encargaría de complicarme cualquier conversación.

Poil de carotte, pienso cuando regresa a su lugar. No se parece en absoluto al personaje del libro, pero su cabello incendiario hace pasear esa idea por mi mente. Sigo tosiendo a intervalos de diez a quince minutos. La enésima vez que pasa con su hija al baño, me mira fijamente y asumo que le resulto un fastidio. Le sonrío para mitigar la amonestación, y para sustentar mi asombro, me devuelve el gesto. No, no, no te confundas —pienso—. Seguramente va a pedirte ayuda con sus latosos críos. Además no me gustan las mujeres con marido. Pero ella pasa una y otra vez al baño.

¿Qué le dará de comer esta mujer a sus hijos?

Dos

Cuando me invita a sentarme con ella y me ofrece caramelos para apaciguar la tos me da taquicardia. A partir de ese momento todo cambió drásticamente. Qué regalo de navidad me ha hecho la diosa imprevisión —pienso, mientras me acomodo torpemente a su lado—. Toda esa belleza mitológica sólo puede marchar con desenfado por el mundo, de lo contrario es una impostura. Las restantes seis horas del viaje, tomé una breve lección sobre sus veintitrés años de vida, a la vez que me juraba que no había ranchero alguno en su horizonte. Mientras contemplo sus labios preciosos, intento descifrar su acento, que suena a música texmex. Luego me confiesa que creció en las afueras de la capital de Arizona pero que vivió muchos años en Ciudad Juárez, hasta que llegó a Monterrey obligada

por su trabajo. Desde su esquina, los niños me miran con el afecto de un cancerbero, pero ella les ordena con firmeza que permanezcan en su asiento, mientras quiere saber dónde vivo y qué hago además de toser en los autobuses, así como todos los detalles de mi biografía. Con no poca audacia, coloca mi mano derecha sobre su pierna izquierda. Yo me siento Marlon Brando.

—En realidad son hijos de mi hermana —me dice mientras les lanza una fría mirada y les exige que se acomoden en sus asientos.

Ellos obedecen con miedo y yo finjo no ver lo que está sucediendo, ya que estoy en mi propia película. En un giro repentino de su cabeza, Poil de carotte aproxima su rostro quimérico a mí y muerde con cierta desesperación mi boca, mientras yo supongo que me está besando. Durante las restantes horas, trazamos manualmente los mapas de nuestros cuerpos, tanto como es posible en un viaje de ese tipo y mientras las criaturas salvajes no espieran. Cuando llegamos a Monterrey, yo quería hacer inmediatamente el viaje de regreso con ella, pero un comité familiar ya la esperaba. Un par de hombres metidos en los cincuenta años y en trajes de abogado rancio tomaron a cada uno de los pequeños cancerberos por la mano, mientras éstos frotaban sus ojos para desperezarse. Ella camina detrás de los cuatro, mientras me hace la señal de teléfono con su mano y me lanza un beso de naturaleza eléctrica. Los zapatos formaban una mueca en sus piernas.

En los siguientes días se agrava mi estado. No me importaban los cero grados de las mañanas en Monterrey, si se acercaba el momento de encontrarla

de nuevo. Me entregué a la divagación permanente, por lo que mi madre llegó a decretar que las obligaciones me tenían exhausto y necesitaba descansar. Pero una figuración se apoderaba de mí como un mendigo aferra la moneda que le arroja el descuidado transeúnte, y un delirio estableció su reino en mi cabeza. Esto no puede seguir así. Por su parte, Poil de carotte se dedicó a enviar mensajes a mi celular, en donde declara que le parezco encantador, que está fascinada por haberme conocido, que ya quiere verme. No fue posible reunirnos al amparo del cerro de la silla debido a sus compromisos laborales, sino hasta muchos días después, ya de regreso en la ciudad de México.

Por supuesto, el día que nos encontramos, cumplí mi promesa de explorar con ella todas las formas posibles de la gravedad entre dos cuerpos y desafiarle todas las leyes de la física. La despedida fue una transfiguración del vicio en virtud. Por una broma de la geografía, ella vive lejos de mi zona de influencia. Nunca ha estado en Coyoacán, la Condesa ni la Roma. Yo ignoro todo lo referido al Mundo E, o como se llame ese planeta de su sistema solar.

Tres

Sólo se fue, dejándome una promesa que se desdibuja morosamente. Después de aquel encuentro, desapareció. No se reunió mas conmigo, ni pude localizarla

de nuevo. Me atormenté cavilando qué pudo haber sucedido. Juro que me bañé ese día, que la llevé a cenar platillos impronunciados en español, que recorrimos numerosos senderos de la ciudad en los que conocí un sabor en su piel que me dejó más ebrio que en toda mi vida. Le regalé un par de libros y un disco de Tom Waits. Hasta le concedí mi abrigo, porque temblaba, y yo quise imaginar que era de frío. Pero ya no hay mensajes de agradecimiento a la vida por haberme conocido, ni besos de diez mil voltios. Yo estaba más que dispuesto a partir en misión de reconocimiento hasta su Mundo E o al planeta que fuera necesario para ser visto por ella. Transité por la paciencia, la impaciencia, la desolación, la apatía, el juramento vano. Ella me heredó el insólito sabor de lo fugaz, el cual antes que revelar su consistencia, se extingue. Decidí recurrir a los clasificados con el siguiente mensaje: Poil de carotte, dame vida otra vez. Unos días más tarde recibí un mensaje por celular donde decía: "Cantante mío, parto a Phoenix, a buscar el pasado. Regreso en tres años, piensa en mí".

Sé que la respuesta la tiene Tom Waits, pero quiero ignorarlo. También sé que antes de reencontrar a Poil de carotte, podrían diluirse todos los años de mi vida. Y esta vez el ave fénix no renacerá, ni de su pasado ni del mío. **▲▲**

